Realidades sobre la tierra: David Harvey responde a John Smith

Por David Harvey

John Smith está perdido en el desierto y se muere por el agua. Su fiel sistema de GPS le dice que hay agua dulce a diez millas al este. Como cree que "de este a oeste" hay que "leer de sur a norte", se dirige al sur para no volver a ser visto. Esta es, desgraciadamente, la calidad del argumento que esgrime contra mí.

El Oriente del que hablo cuando comento que la riqueza se ha desplazado de Occidente a Oriente en los últimos tiempos, está constituido por China, que es ahora la segunda economía del mundo (si no se considera a Europa como una economía), seguida de Japón como tercera economía. Si añadimos Corea del Sur, Taiwán y (con un poco de licencia geográfica) Singapur, tenemos un bloque de poder en la economía mundial (que en su día se denominó el modelo de "gansos voladores" del desarrollo capitalista) que ahora representa aproximadamente un tercio del PIB mundial total (en comparación con Norteamérica, que ahora representa algo más de un cuarto). Si observamos el mundo tal y como estaba ordenado en, digamos, 1960, el asombroso ascenso de Asia Oriental como centro de poder de la acumulación global de capital será a todas luces evidente.

Los chinos y los japoneses son ahora propietarios de grandes partes de una deuda pública estadounidense en espiral. También se ha producido una interesante secuencia en la que cada economía nacional de Asia Oriental ha buscado una solución espacial para las enormes cantidades de capital excedente que se acumulan dentro de sus fronteras. Japón comenzó a exportar capital a finales de la década de 1960, Corea del Sur a finales de la década de 1970 y Taiwán a principios de la década de 1980. Gran parte de esa inversión se dirigió a Norteamérica y Europa.

Ahora es el turno de China. El mapa de la inversión extranjera china en el año 2000 estaba casi totalmente vacío. Ahora una avalancha de ellas está pasando no sólo a lo largo del Cinturón y Ruta de la Seda ("One Belt One Road") a través de Asia Central hacia Europa, sino también a través de África Oriental en particular y hacia América Latina (Ecuador tiene más de la mitad de su inversión extranjera directa de China). Cuando China invitó a líderes de todo el mundo a asistir a una conferencia sobre "Un cinturón, una ruta" en mayo de 2017, más de cuarenta líderes mundiales acudieron a escuchar al presidente Xi enunciar lo que muchos vieron allí como el inicio de un nuevo orden mundial en el que China sería una (si no *la*) potencia hegemónica. ¿Significa esto que China es la nueva potencia imperialista?

Este escenario presenta interesantes características (micro-features). Cuando leemos los relatos sobre las terribles condiciones de superexplotación en la industria manufacturera del Sur global, a menudo resulta que son empresas taiwanesas o surcoreanas las que están implicadas, incluso cuando el producto final llega a Europa o Estados Unidos. La sed china de minerales y materias primas agrícolas (sobre todo de soja) hace que las empresas chinas estén también en el centro de un extractivismo que está destrozando el paisaje en todo el mundo (véase América Latina). Una mirada rápida a las apropiaciones de tierras en toda África muestra que las empresas y los fondos de riqueza chinos están muy por delante de todos los demás en sus adquisiciones. Las dos mayores empresas mineras que operan en el cinturón de cobre de Zambia son indias y chinas.

Entonces, ¿qué tiene que decir sobre todo esto la teoría fija y rígida del imperialismo a la que apela John Smith?

Según John Smith, no abordé la cuestión del imperialismo en *Los límites del capital*. Solo lo mencioné una vez, dice. El índice registra unas 24 menciones y el último capítulo se titula "la dialéctica del imperialismo". Es perfectamente cierto que allí encontré que la concepción tradicional del imperialismo derivada de Lenin (y posteriormente grabada en piedra por gente como John Smith) era inadecuada para describir las complejas formas de producción, realización y distribución espaciales, interterritoriales y específicas de cada lugar que estaban ocurriendo en todo el mundo.

En este sentido, me intrigó encontrar a un compañero de espíritu en Giovanni Arrighi, quien en *The Geometry of Imperialism* (escrito más o menos en la misma época) abandona el concepto de imperialismo (o, para el caso, la geografía rígida de núcleo y periferia establecida en la teoría de los sistemas mundiales) en favor de un análisis más abierto y fluido de las hegemonías cambiantes dentro del sistema mundial. Ninguno de nosotros niega que el valor que se produce en un lugar acaba siendo apropiado en otro y que hay un grado de viciosidad (*viciousness*) en todo esto que es atroz. Sin embargo, este es el proceso (y subrayo el significado de "proceso") que intentamos trazar, descubrir y teorizar lo mejor posible. Marx nos enseñó que el método materialista histórico no parte de conceptos para luego imponerlos a la realidad, sino de las realidades sobre el terreno para descubrir los conceptos abstractos adecuados a su situación. Empezar con conceptos, como hace John Smith, es incurrir en un idealismo de rango.

Así que, basándome en lo que está ocurriendo sobre el terreno, prefiero trabajar con una teoría del desarrollo geográfico desigual, de la proliferación y diferenciación de las divisiones del trabajo, de la comprensión de las cadenas globales de mercancías y de las fijaciones espaciales, de la producción de lugares (la urbanización, en particular, un tema vital que John Smith ignora) y de la construcción y destrucción de las economías regionales dentro de las cuales puede formarse una cierta "coherencia estructural" (o "régimen de valor regional") durante un tiempo, hasta que las poderosas fuerzas de la devaluación y de la acumulación a través de la desposesión pongan en marcha las fuerzas de la destrucción creativa. Estas fuerzas no solo afectan a lo que ocurre en el Sur global, sino también en el Norte desindustrializado.

Trato de ver esto cuidadosamente a través del prisma de las movilidades geográficas diferenciales del capital, el trabajo, el dinero y las finanzas, y de observar el creciente poder de los rentistas y el cambiante equilibrio de poder entre varias facciones del capital (por ejemplo, entre la producción y las finanzas), así como entre el capital y el trabajo. Esto es lo que sustituye a la cruda y rígida teoría del imperialismo que defiende John Smith. No niega la inmensa acumulación de poder monetario que tiene lugar en manos de unas pocas corporaciones y unas pocas familias ricas, ni las terribles condiciones de vida a las que está reducida gran parte de la población mundial. Pero tampoco imagina que las clases trabajadoras de Ohio y Pensilvania vivan en el marco del lujo. Reconoce la importancia de la teoría de la plusvalía relativa de Marx, que hace posible que el nivel de vida físico de la mano de obra aumente significativamente incluso cuando la tasa de explotación se incrementa hasta niveles dramáticos imposibles de alcanzar a través de la plusvalía absoluta obtenida en las arenas más empobrecidas de la acumulación de capital que a menudo dominan en el Sur global. Además, como Marx señaló hace tiempo, las transferencias geográficas de riqueza de una parte del mundo a otra no benefician a todo un país, sino que se concentran invariablemente en manos de clases privilegiadas. En los últimos tiempos, en Estados Unidos, a los “Wall-Streeters” y a sus allegados les ha ido espléndidamente, mientras que a los antiguos trabajadores de Michigan y Ohio les ha ido muy mal.

Miremos hacia atrás en todo esto. En los años sesenta, los sectores privilegiados de la clase trabajadora estaban protegidos en gran medida dentro de las fronteras de sus Estados nacionales en el Norte global y podían luchar por el poder político dentro de su espacio. Consiguieron estados de bienestar a través de tácticas de socialdemocracia y recibieron algunos de los beneficios derivados del aumento de la productividad. La contrapartida capitalista fue intentar debilitar ese poder y hacer bajar los salarios fomentando la inmigración. Los alemanes miraron a Turquía, los franceses al Magreb, los suecos a Yugoslavia, los británicos a sus antiguas colonias y los Estados Unidos reformaron sus leyes de inmigración en 1965 para abrirse a todo el mundo. John Smith olvida que todo esto fue subvencionado por el Estado capitalista a instancias de la clase capitalista. Pero esa solución no funcionó. Así que, a partir de los años 70, una parte (pero no toda) del capital se fue a donde la mano de obra era más barata. Pero la globalización no podía funcionar sin reducir las barreras al intercambio de mercancías y a los flujos de dinero, y esto último significaba abrir la caja de Pandora para el capital financiero, que durante mucho tiempo se había visto frustrado por la regulación nacional. El efecto a largo plazo fue reducir el poder y el privilegio de los movimientos de la clase trabajadora en el norte global, precisamente al ponerlos al alcance de la competencia de una fuerza de trabajo global que podía ser obtenida casi a cualquier precio. Mantengo la afirmación de que las clases trabajadoras dentro de la estructura global del capitalismo contemporáneo son mucho más competitivas entre sí ahora que en la década de 1960.

Al mismo tiempo, el cambio tecnológico ha hecho que el trabajo sea menos importante en muchas esferas de la actividad económica (por ejemplo, Google y Facebook). Mientras que las nuevas estructuras que conectan el trabajo intelectual y organizativo del norte global con el trabajo manual del sur global han dejado de lado el poder tradicional de la clase trabajadora en el norte global, dejando atrás un paisaje desolador de desindustrialización y desempleo para ser explotado por cualquier otro medio posible.

Un último comentario que representa el tipo de polémica a la que se dedica Smith como sustituto de la crítica razonada. Se burla de la forma en que supuestamente "anhelo" un retorno a "un imperialismo más benévolo del New Deal" en *El nuevo imperialismo*. El contexto muestra que yo decía que ese era el único camino posible dentro de un modo de producción capitalista. En ese momento (2003) estaba claro que no había ningún movimiento obrero mundial que fuera remotamente capaz de definir una alternativa al capitalismo y que el capitalismo se dirigía a un choque desagradable del tipo que ocurrió en 2007-8 (sí, predije claramente la probabilidad de eso *en El Nuevo Imperialismo* en 2003). Dado que la previsible crisis posterior se resolvió despojando aún más a poblaciones enteras de gran parte de su riqueza y valor de los activos, creo que habría sido mejor para la izquierda entonces apoyar una alternativa keynesiana (que, por cierto, fue implementada posteriormente por China).

Esta era, a mi juicio político en aquel momento, la única manera de que se creara un espacio de respiro para que la izquierda contrarrestara la deriva, en aquel momento claramente establecida por el movimiento neoconservador, hacia una solución militarista violenta y súper explotadora que se hacía eco de lo que ocurrió en el período previo a la Segunda Guerra Mundial. Creo que, en retrospectiva, tenía razón en esto, aunque reconozco que muchos no estarán de acuerdo conmigo. Este dilema sigue, por desgracia, con nosotros. Pero una cosa es la crítica razonada y otra la polémica innecesariamente burlona.

**David Harvey es profesor distinguido de antropología y geografía en el Graduate Center de la City University of New York.**